

Un cuento de miedo

Todos saben que pasé una temporada en Laponia, con la sola compañía de los habitantes generosos y amabilísimos de aquellas regiones. Vivía en una «iglú», — esas chozas de nieve helada, — con una numerosa familia. Me ahogaba la atmósfera cargada con mil olores distintos, y desagradables todos para mi olfato meridional, que mantenían dentro de la «casa» una temperatura tan elevada que hasta sobra el traje ligerísimo que usaba bajo la funda de pieles en que me envolvía para salir a pasear... cosa que hacía siempre que podía, con la condición de no alejarme más de doscientos pasos del poblado si iba sola. Me entusiasmaba andar con raquetas sobre la nieve, oír su crujir, como de algodón presionado, cuando aún no estaba helada. Y era grande mi pasión por andar, por sentir el frío en el pequeño espacio de mi cara que las pieles dejaban libre, por huir de la atmósfera cargada de la «iglú»... Sentía arder mi sangre por la comida fuerte y abundante, y el ejercicio que requería mi condición de extranjera, a la que había que mostrarle y explicarle todo, no era suficiente para desahogar mis energías. Cada día me gustaba más andar, andar por simple placer, teniendo que hacer verdaderos esfuerzos para contar los doscientos pasos permitidos.

Hasta aquel día todo había ido muy bien. Olvidada del mundo, sin tener que pensar en nada, cubiertas todas mis necesidades físicas y con una gran paz en el alma, pasaban los días como un soplo. Pero aquel día... veréis: aquel día la noche del Polo estaba muy cercana. A la una del mediodía cualquier labrador español hubiese dicho que eran las seis de la tarde de un día de enero. Me avisaron que dentro de dos días debía hallarme en B. para coger el avión que me llevaría hasta las Islas Canarias donde estaba mi familia. ¡Con lo bien que estaba allí! Sentí rebelarse mi ánimo pacífico, me envolvió una gran repugnancia al pensar en el calor, en el sudor, en los plátanos parduzcos y blandujos, en el cansancio que me invadiría por efecto del clima. Con lágrimas en los ojos miré amorosamente las paredes sucias y apestosas de la «iglú». ¡Qué hermosas me parecieron! Y sentí una gran sed de frío, de nieves, de ojos semioblicuos y caras sonrientes entre pieles. Me enfundé rápidamente y empecé a andar. Estaba en tal estado sentimental, que no me acordé en absoluto de contar los pasos. Me paré, de repente, al escuchar un suave roce a mis espaldas. Había andado mucho rato, con los ojos semicerrados, como sumida en un dulce sueño del que no quería despertar. Me asusté. ¿Estaría perdida para siempre? Volví a escuchar el roce a mis espaldas, más cercano, insistentemente. Me volví. Sentí paralizarse mi sangre, me tambaleé como si estuviese ebria, al advertir a pocos pasos de mí un oso blanco, enorme, que me contemplaba tranquilamente, como a presa segura.

Mi primera intención fué la de gritar y huir; pero, afortunadamente, el miedo impidió todo sonido a mi garganta. Sin mirar al oso, sin querer saber como se relamía, me dirigí por donde había venido, siguiendo las huellas que habían dejado mis raquetas y que milagrosamente no había borrado el viento. Es imposible describir lo que sufrí aquellos momentos en que iba andando hacia el poblado. Sentía el oso tras de mí y me imaginaba sirviéndome de succulento almuerzo. Cuando divisé las primeras casas del poblado, estando ya muy cerca de ellas, —pues la visibilidad era mala,— apreté el paso todo lo que pude, sintiéndome a punto de llorar. Sin duda se habían percatado de mi ausencia, pues estaban reunidos en grupos y me saludaron efusivamente con gritos de alegría. Me volví rápidamente, creyendo que ya no llevaba al terrible plantigrado pegado a mí, ante la impasibilidad de aquellas gentes. Fuí a caer en los brazos velludos e inmensos del oso blanco. Sentí su aliento en mi cara...

Cuando desperté, en la mayor de las chozas del poblado, una docena de caras me miraban sonrientes. A los pies de mi cama estaba tendido, tristemente, como sintiéndose culpable, un oso blanco, grandioso, sobre el que montaba, tirándole de las orejas, un pequeño y travieso lapón. ¡Me juré no tener nunca más miedo de los osos... domesticados!

CORAL MONTAGUD

La exposición nacional del Libro del Mar

(Viene de la página 1)

siempre de la marinería española. La segunda recoge una colección valiosísima de cartas medievales y modernas relativamente, entre las que se hallan las de Vallseca, Oliva y Prunés.

Sala VIII La de más emoción. Está dedicada a la historia de la marina. En toda ella flota una nostalgia patética y un mismo deseo de volver atrás, hacia los tiempos en que por el portillo de lo heroico se iba a la grandeza. Los marinos Deschams y Roldós — con una aureola indefinida de sacrificio patriótico, — hablan de aquellas horas desesperadas de Cuba y Filipinas; y sus barcos, entre el fuego enemigo, cruzan dispuestos al molinillo último que se los trague antes de caer en manos enemigas.

Estas son las sugerencias que nos brinda esa Exposición Nacional del Libro del Mar que muy en breve se inaugurará en las Atarazanas de Barcelona y que ha de ser la demostración más completa del afán marinero de España y el estímulo para la generación presente y para las generaciones venideras que lleguen a empuñar las banderas que tantos sacrificios costaron, por fortuna, y que hoy cruza el cielo, sobre la tierra y sobre el mar, una nación guiada por el genio de su Caudillo; Franco.

MANUEL VELA JIMÉNEZ

LIBRERIA CARBO
Taller de encuadernación

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

DISCURSO SOBRE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Camaradas: el acto de la Comedia, del que se ha hablado aquí esta mañana varias veces, fué un prelude. Tenía el calor, y todavía, si queréis, la irresponsabilidad de la infancia. Este de hoy es un acto cargado de gravísima responsabilidad; es el acto de rendición de cuentas de una larga jornada de año y medio y principio de una nueva etapa que, ciertamente, terminará con el triunfo definitivo de la Falange Española de la J. O. N. S. en España. Junto a esta piedra milenaria de nuestro camino se nos exige, ya de cara a la historia, un rigor de precisión y emplazamiento, que es el deber mío en esta mañana de hoy, aunque al cumplimiento de ese deber sacrifique alguna brillantez que, acaso, pudiera conseguir y parte del gratísimo halago del aplauso vuestro.

Nuestro Movimiento — y cuando hablo de nuestro Movimiento me refiero lo mismo al inicial de Falange Española que al inicial de las J. O. N. S., puesto que ambos están ya irremisiblemente fundidos — empalma, como ha dicho muy bien Onésimo Redondo, con la revolución del 14 de abril. La ocasión de nuestra aparición sobre España fué el 14 de abril de 1931. Esta fecha — todos lo sabéis — ha sido mirada desde muy distintos puntos de vista; ha sido, como todas las fechas históricas, contemplada con bastante torpeza y bastante zafiedad. Nosotros, que estamos tan lejos de los rompedores de escudos en las fachadas como de los que sienten solamente la nostalgia de los rigodones palaciegos, tenemos que valorar exactamente, de cara, lo repito, a la historia, el sentido del 14 de abril en relación con nuestro Movimiento.

El 14 de abril de 1931 — hay que reconocerlo en verdad — no fué derribada la Monarquía española. La Monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes sentidos universales. Había fundado y sostenido un Imperio y lo había fundado y sostenido, cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud, por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la Monarquía dejó de ser unidad de mando hacia bastante tiempo. En Felipe III, el Rey ya no mandaba; el Rey seguía siendo el signo aparente, más el ejercicio del poder decayó en manos de validos, en manos de ministros: de Lerma, de Olivares, de Aranda, de Godoy. Cuando llega Carlos IV, la Monarquía ya no es más que un simulacro sin sustancia. La Monarquía, que empezó en los campamentos, se ha reclinado en las Cortes; el pueblo español es impacablemente realista; el pueblo español, que exige a sus santos patronos que le traigan lluvia cuando hace falta, y si no se la traen les vuelve de espaldas en el altar, el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la Monarquía sin poder; por eso, el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrasen en lucha siquiera un piquete de alabarderos.

Pero, ¿qué advino entonces? Pocas veces habrá habido un instante más propicio para iniciar, concluido uno, un nuevo y gran capítulo de la historia patria. Cabalmente, aquel sentido incruento del 14 de abril, aquello de que se hubiera desprendido una institución sin sangre y sin daño, casi sin duelo, colocaba de cara a una ancha llanura histórica donde galopar. No había que sustanciar resentimientos, no había que ejecutar justicias, no había apenas que enjugar lágrimas. Se abría por delante una clara esperanza para todo un pueblo; vosotros recordáis la alegría del 14 de abril y, seguramente, muchos de vosotros tomásteis parte en aquella alegría. Como todas las alegrías populares, era imprecisa, no percibía su propia explicación: pero tenía debajo, como todos los movimientos populares, muy exactas y muy hondas precisiones. La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente. El pueblo español necesita su revolución y creyó que la había conseguido el 14 de abril de 1931; creyó que la había conseguido porque le pareció que esa fecha le prometía sus dos grandes cosas largamente anheladas: primero, la devolución de un espíritu nacional colectivo; después, la implantación de una base material, humana, de convivencia entre los españoles.

¿Era mucho que se esperase un sentido nacional colectivo de los hombres del 14 de abril? Muchas cosas podrían decirse en contra suya; pero acaso algunas de esas mismas fueran la mejor fianza de su fecundidad. Los hombres del 14 de abril pareció que llegaban de vuelta al patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad; porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e incommovible metafísica de España.

JOSÉ ANTONIO

Madrid, 19 Mayo de 1935